

Malcolm Lowry: las puertas del infierno

Por Armando PEREIRA*

SEGÚN WILLIAM BUTLER YEATS, una obra sólo debe tener un tema. Ésta es una idea que Malcolm Lowry (1909-1957) recoge de Yeats y que lleva hasta sus últimas consecuencias.¹ Podríamos decir que en toda la obra de Lowry hay un solo tema; es decir, en cada una de sus novelas y cuentos y en la mayor parte de sus poemas es un mismo tema el que se repite una y otra vez, obsesivamente. En todos sus libros es la necesidad o el rechazo del alcohol lo que construye la historia.

El 2 de noviembre (día de muertos) de 1936 Lowry, proveniente de San Diego y acompañado por Jan, llega a Acapulco en el carguero *S. S. Pennsylvania*. Venía de una breve aunque infernal estancia en el pabellón psiquiátrico del hospital Bellevue, en Nueva York, donde debía curar los efectos de ese incipiente alcoholismo que sería su destino.² Nada más desembarcar en la bahía de Acapulco, Lowry, sin hacer caso a las advertencias de los médicos, decidió probar esas bebidas mexicanas —el tequila, el mezcal, el pulque— que ya desde entonces, como fieles enemigas, no lo abandonarían y que serían el alimento incesante de las alucinaciones del Cónsul en *Bajo el volcán*.

Sé que podrían decirme que el alcohol no es el único tema en la obra de Lowry. ¿Cómo olvidar el amor del Cónsul hacia Yvonne o de Sigbjorn hacia Primerose? ¿Y no es el propio México, Cuernavaca y Oaxaca sobre todo, otro de los grandes temas de sus libros? Sin duda. Aunque me parece que esos otros temas —México, el amor— aparecen siempre vistos a través de un vaso de mezcal.

A los pocos días de llegar a Cuernavaca e instalarse en el número 15 de la calle Humboldt, Malcolm Lowry comenzó a trabajar en la versión preliminar de *Bajo el volcán*, primero bajo la forma de un cuento que luego se convertiría en la extensa y compleja novela que

* Investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <pereira@servidor.unam.mx>.

¹ Cf. Malcolm Lowry, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, México, Era, 1999, p. 28.

² De ese pasaje de su vida, Lowry daría cuenta en su primera novela, escrita en 1934 y publicada póstumamente en 1968: *Piedra infernal*, México, Era, 2000, que debía formar parte de un proyecto más amplio que nunca realizó: El viaje que nunca termina. Ese proyecto culminaría en su novela mayor: *Bajo el volcán* (1947).

conocemos, y que Jorge Semprún hace algún tiempo calificó como “una de las pocas grandes novelas de todos los tiempos”.³ Desde el primer día de labor en esa novela, Lowry amenizó su trabajo con cantidades inimaginables de alcohol. Su amigo Conrad Aiken, que lo visitó en Cuernavaca meses después, recordaría, en *Ushant: an essay*, ese infierno alcohólico que terminaría destruyendo su matrimonio, las numerosas y flagrantes infidelidades de Jan, los intentos de Lowry, siempre infructuosos, por mantenerse sobrio y, con ello, conservar a Jan a su lado, las incesantes, y siempre con mucha más decisión, recaídas en la bebida.⁴ De esas prolongadas borracheras, solo o con amigos, por los bares y cantinas de la ciudad, que terminarían haciéndole imposible la vida con Jan y determinarían su definitiva ruptura un año después de haber llegado a Cuernavaca, da plena y detallada cuenta Douglas Day en su documentada biografía sobre Lowry. No voy a extenderme aquí en el relato de esa ruptura, sólo quiero citar las palabras con las que Day concluye su larga reseña sobre la relación de Lowry, Jan y el alcohol: “No hay duda de que Lowry amó a Jan, y parece ser muy probable que por una u otra razón huyó de ella, por miedo, sobre todo; o que la ahuyentó; o que se escondió de ella detrás del alcohol”.⁵

Exactamente lo mismo le ocurre al Cónsul en su relación con Yvonne en *Bajo el volcán*. Ella acaba de regresar a México decidida a reencontrarse con él y a rehacer el amor que alguna vez hubo entre los dos. En el aeropuerto de Quauhnhuac toma un taxi y el taxista, sin hacer caso de la dirección que ella dicta maquinalmente, decide llevarla a donde él sabe que Geoffrey la espera. Son las siete de la mañana cuando el taxi se detiene en la puerta de una cantina. Está vacía, no hay nadie más en su interior oscuro y mortecino, sólo Geoffrey, derrumbado sobre la barra, con un vaso de tequila en la mano. No ha ido a buscarla al aeropuerto, no se ha enterado siquiera de que ella ha entrado a la cantina y lo contempla a cierta distancia: sus fantasías alucinatorias, producto del alcohol que ha bebido incesantemente a lo largo de toda la noche, no se lo permiten. Antes de reunirse con él, Yvonne piensa para sí: “Me esperaba esto. Me lo esperaba”.⁶ Cuando ella se sienta a su lado, el Cónsul, antes que preguntarle por el viaje, por ese lapso de separación que al fin ahora concluye, sólo piensa en disculparse: “Son realmente las temblorinas las que hacen insoportable este

³ Jorge Semprún, “Prólogo”, en Malcolm Lowry, *El volcán, el mezcal y los comisarios*, Barcelona, Tusquets, 1984, p. 16.

⁴ Conrad Aiken, *Ushant: an essay*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.

⁵ Douglas Day, *Malcolm Lowry: una biografía*, México, FCE, 2001, p. 263.

⁶ Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, México, Era, 1985, p. 57.

tipo de vida. Pero algún día acabarán. Sólo he estado bebiendo lo suficiente para que cesen. Nada más la indispensable bebida terapéutica”.⁷ Ya desde el instante de su reencuentro parece no haber diálogo posible. Ella está ahí, ha vuelto, quisiera contarle a él tantas cosas. Pero él no puede hablar más que de sí mismo, de ese fantasma que el alcohol ha hecho de sí mismo. En realidad, el único diálogo posible para él es con una botella de mezcal, esa “indispensable bebida terapéutica”. Yvonne, en silencio, se hunde una vez más en sus propios pensamientos: “¡Oh, Geoffrey!, ¿por qué no puedes volver hacia atrás? ¿Tienes que quedarte por siempre y para siempre en esta estúpida oscuridad, buscándola, aun ahora, allí donde no puede alcanzarte, para siempre en la oscuridad de la separación, de la desunión? ¡Oh, Geoffrey! ¿Por qué lo haces?”.⁸ El Cónsul, por su parte, se dice a sí mismo, también en silencio: “¿qué belleza puede compararse a la de una cantina en las primeras horas de la mañana?”.⁹

No hay entre los dos un solo punto de contacto. Ella ha vuelto, después de un largo año de ausencia, para restañar las heridas que se infligieron los dos casi desde su llegada a México: ella, sus incesantes infidelidades con Jaques Laruelle y con Hugh, el propio hermano del Cónsul; él, la absoluta indiferencia hacia ella y hacia todo lo que no fuera el alcohol. Pero tampoco ahora hay posibilidad de encuentro. Aunque ella viene dispuesta a todo con tal de permanecer con él, Geoffrey Firmin ha sido devorado ya por otro matrimonio, un matrimonio atroz y absorbente, fagocitante: el que lo ata al infierno mexicano y a sus fascinantes venenos.

Malcolm Lowry nos ha dejado en su obra una visión precisa y detallada de esos venenos mexicanos que para él constituyeron la única manera de vivir y entender a México, el único cristal que le permitía traspasar el folklorismo y el color local y penetrar a un México mucho más real y verdadero. Lo cito en extenso:

El *tequila* es una bebida pura, está libre de los demonios que viven en el *whisky* de centeno, aunque puede que otros, peores, vivan en ella. / También el *mezcal* es una bebida pura. Se debe tomar en copas pequeñas y el ritual exige mano firme y un puro y simple interés social; el mezcal, así tomado, es una bebida civilizada. Pero, según dicen, el mezcal va directo a la cabeza: cualquier mesero te demostrará, mientras te sirve otro, cómo lo hace exactamente (aunque no debe suponerse que los indios, para quienes en

⁷ *Ibid.*, pp. 58-59.

⁸ *Ibid.*, p. 59.

⁹ *Ibid.*

otros tiempos la embriaguez se castigaba con la pena de muerte, aprueben que otra gente lo beba. / El *ochas* está hecho de hojas de naranjo hervidas y se debe beber caliente y añadiéndole alcohol puro. Pero, si se le pone mezcal, es todavía más estimulante.¹⁰

Lowry, a través de Sigbjorn Wilderness, el personaje central de *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, ha definido al universo mexicano como “un mundo en suspenso, un mundo delirante, un mundo ebrio y aterrador”,¹¹ y a sus etílicos venenos —el tequila, el mezcal, el ochas— como ambrosías que facilitan y fortalecen la amistad:

Como las bebidas mexicanas, también ha sido víctima de la calumnia la amistad de dos personas de capacidad alcohólica semejante y con la intención de beber hasta que se hunda el mundo y permanecer lúcidas, amistad que nada sella como el alcohol [...] en el mezcal radica el principio de esa fuerza divina o demoníaca de México que, como sabe cualquiera que haya vivido en ese país, ha seguido insaciable hasta hoy. Bajo la influencia del mezcal, los mejores amigos harán todo lo posible por asesinarse. Pero una amistad que, engendrada por el mezcal, lo sobreviva, sobrevivirá a cualquier cosa.¹²

La visión que Lowry da de México a lo largo de toda su obra, no está en ningún momento manchada por el folklorismo o el color local.¹³ No quiere descubrir, a los ojos del europeo, un México exótico, que pueda estimular su imaginación con paisajes ignotos y salvajes, con pueblitos de barro y tejas rojas perdidos en las montañas, con hombres buenos y serviciales, con mujeres morenas y sumisas y pudorosas; es decir, toda esa parafernalia literaria con que un cierto discurso, al que sobre todo nosotros, los mexicanos, hemos contribuido, ha terminado configurando una imagen de nosotros mismos que no nos refleja en lo más mínimo.

En realidad Lowry no está hablando con ningún europeo en su obra; está hablando exclusivamente consigo mismo. No quiere darle una cierta imagen de México a nadie; quiere entender él a un México que le resulta ininteligible, indescifrable. Ya desde su primer libro de poemas, *Un trueno sobre el Popocatépetl*, esa pregunta, esa bús-

¹⁰ Lowry, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* [n. 1], pp. 67-68.

¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹² *Ibid.*, p. 68.

¹³ A través de la descripción de una foto de una revista de turismo en la que se invita al lector a visitar Taxco, hay una burla explícita a ese edulcorado color local que esconde y desvirtúa al México profundo, *ibid.*, pp. 70-71.

queda, ese intento de comprensión, están inscritos casi en cada poema del libro. En el poema “Para *Bajo el volcán*”, por ejemplo, aparecen ciertas palabras dispersas en los versos —“rebozo”, “mole de guajolote”, “mariachis”, “maguey”— que podrían hacer pensar en la escenificación de ese “color local” que desvirtuaría la imagen profunda de México. Aunque, en realidad, cada una de esas palabras está ligada a la condición de miseria y explotación del hombre mexicano, a su humillación cotidiana ante los que detentan el poder, a una realidad sin alternativa posible, a la ausencia de esperanza: se trata de “hombres semienterrados”, de “leprosos”, de “astroso”, de “harapientos”, esas otras palabras que resignifican a las anteriores y hacen aparecer a un México distinto, recorrido por contradicciones insolubles y desgarradoras. De ahí, entonces, esa otra imagen, quizá la más fuerte del poema: “No habrá mañana, el mañana ha terminado”.¹⁴

En realidad, en todos estos poemas hay una constante que caracteriza a esa tierra del maguey y del mezcal: la ausencia de esperanza que nace de la miseria circundante y de esa elipsis del mañana. “Es tan grande la desesperanza de Dios / en la desierta llanura de cactus”,¹⁵ dice en otro poema en el que esa “desesperanza de Dios” se repite de una estrofa a otra condensando, sí, toda la fuerza emotiva del poema, pero prefigurando también una tierra a la que el hombre ha sido arrojado y abandonado a sus propias fuerzas, que son tan pocas. Una tierra sin destino.

Esa desesperanza que caracteriza a la tierra a la que ha llegado y que ahora lo rodea por todas partes no hace más que desvelarle su propio rostro, su propia ausencia de sentido, esa fuerza autopunitiva que lo lleva incluso a actuar contra sí mismo. En otro poema, el sujeto del texto, “consciente de que no existe esperanza”, ayuda a morir a un alacrán herido, tan sólo para preguntarse un instante después, ante el cuerpo inerte y retorcido:

¿Pero no era yo también ese torvo alacrán
que se agujonea hasta morir bajo la piedra
en la llanura del mezcal sin dejar ningún mensaje?¹⁶

Esa desesperanza, esa ausencia de sentido que Lowry percibe en el pueblo mexicano, están presentes incluso en sus momentos de mayor alegría. En *Bajo el volcán*, la descripción de una feria popular en una

¹⁴ Malcolm Lowry, *Un trueno sobre el Popocatepetl* (1962), México, Era, 2000, p. 33.

¹⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁶ *Ibid.*, p. 41.

plaza pública no es más que la escenificación de un espacio abierto al caos y a la confusión, al desconcierto, al equívoco, a la promiscuidad, a la indistinción de los cuerpos; es decir, a una alegría sin sujeto, a una alegría vacía. El Cónsul y Laruelle deciden salir a tomar un trago a la plaza de Quauhnhuac. Allí, la feria está en su apogeo: tumulto inmenso, tirovivos girando enloquecidos, monos amaestrados saltando de un lado a otro, cohetes tronando en los oídos a cada segundo, el tiro al blanco, el martillo, la rueda de la fortuna, gritos de vendedores de periódicos con las noticias del día, la estridencia de la música, la gritería de los niños montados en caballos con cuello de ganso o cabeza de cerdo, los niños girando alrededor del Cónsul, colgándose de sus pantalones, metiéndole la mano en los bolsillos, gritando todos a una sola voz: “Money, money, money... ¿Juerhar yu go?”,¹⁷ un hombre que pasa a su lado y lo llama “mezcalito” y se ríe, “todo esto se convirtió de repente en algo trascendentalmente temible y trágico, lejano, transmutado, como si fuera una última impresión de los sentidos de cómo era el aspecto de la tierra, transportada a una oscura región de muerte, amenazante trueno de irremediable dolor”.¹⁸ Allí, en medio de esa algarabía infernal, de ese torbellino fagocitante, el Cónsul clama desesperado: “Yvonne... ¿dónde estás, amor mío?”.¹⁹ Pero Yvonne, la única que podría darle una mano para devolverlo a un territorio de razón y de cordura, no está en ese momento a su lado. El Cónsul decide, entonces, que sólo un trago puede ayudarlo: “Tequila —dijo, entrando a una cantina”.²⁰

De la feria de Quauhnhuac, Yvonne, Hugh y el Cónsul deciden ir a Tomalín, dispuestos a presenciar un jaripeo, esa otra fiesta popular en la que toda la crueldad y la barbarie de la alegría mexicana se ensañan sobre el cuerpo de un toro. Vienen de contemplar la agonía de un indio que ha sido asesinado a la orilla de la carretera junto a su caballo. El autobús se ha detenido un momento y Hugh y el Cónsul deciden bajar a ver lo que sucede. El indio agoniza: alguien le ha cortado el cuello y se desangra sobre el polvo. Hugh trata de ayudarlo, enfrentándose incluso a la policía: “Vámonos, Hugo —le advierte el Cónsul—, no te dejarán subir al camión con él y sólo vas a lograr que te lleven a la cárcel y te enreden en este lío sólo Dios sabe por cuánto tiempo”.²¹ Ya en el autobús, a Hugh le duele constatar la indiferencia de los demás

¹⁷ Lowry, *Bajo el volcán* [n. 6], p. 242.

¹⁸ *Ibid.*, p. 237.

¹⁹ *Ibid.*, p. 236.

²⁰ *Ibid.*, p. 237.

²¹ *Ibid.*, p. 271.

pasajeros, hombres y mujeres, como si ante la flagrancia de un asesinato, que seguramente quedaría impune, sólo pudieran responder con el silencio. Como si la muerte y el crimen allí fueran lo habitual. Pero no sólo se trata de indiferencia. Cuando el cobrador del camión comienza a exigir los pasajes, Hugh y el Cónsul se dan cuenta que uno de los pasajeros, el “pelado”, tiene las manos manchadas de sangre: ha aprovechado la confusión junto al cuerpo moribundo para robarle unos cuantos pesos del cuello de la camisa. Aunque lo que resulta aún más sorprendente es que el ladrón no hace el menor esfuerzo por ocultar su felonía ante los demás pasajeros; como si frente a la muerte inevitable, también el robo estuviera justificado: si no lo hubiera robado él, sin duda los policías se habrían quedado con el dinero.

El autobús llega por fin a Tomalín y los tres se instalan en las tribunas de la plaza para contemplar el jaripeo, esa lucha denodada de un toro por escapar a las cuerdas de los charros que le atan las patas y la testuz, y a las burlas de los borrachos que, por detrás, le tiran de la cola o tratan de montarlo. No hay mujeres en el público, sólo Yvonne, y todo el mundo está ahogado en pulque y enfebrecido por lo que ocurre ante sus ojos. “¡Cristo, qué repugnante espectáculo!”²² exclama el Cónsul. Y en realidad el espectáculo, además de repugnante, es, al mismo tiempo, la escenificación de toda la crueldad y toda la barbarie que sólo puede caber en el hombre:

En medio del vendaval, la orquesta volvió a iniciar *Guadalajara*, y el toro, indefenso, bramaba, atrapados sus cuernos en las barandas por entre las cuales lo agujoneaban en lo que quedaba de sus testículos, hacíanle cosquillas con varitas, con un machete... y con un rastrillo de jardín; echábanle también tierra y estiércol a los ojos enrojecidos; y ahora parecía que esta crueldad infantil no tendría fin.²³

Yvonne le pide que se vayan, “no hay nada que nos detenga aquí, Geoffrey”.²⁴ La respuesta del Cónsul no se limita al jaripeo, a Tomalín o a Quauhnhuac, sino al país completo, a ese infierno al que un día fue arrojado y del que no puede salir (o tal vez del que no quiere salir): “¡Vámonos por amor de Cristo! ¡Vámonos a miles, a millones de kilómetros, Yvonne, a cualquier parte, siempre y cuando sea lejos. Sólo que sea lejos. Lejos de todo esto. Lejos, ¡por amor de Cristo!, de todo esto”.²⁵ No llegará, sin embargo, demasiado lejos. A los pocos

²² *Ibid.*, p. 299.

²³ *Ibid.*, p. 302.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*, pp. 302-303.

pasos de allí, se le cruzará, una vez más, una cantina, ese único espacio que puede rescatarlo de (o quizá hundirlo más en) todo eso de lo que quiere escapar.

Es todo eso, pero también la mentira, la corrupción, el soborno, lo que hace que el mesero que atiende a Sigbjorn Wilderness en el bar del aeropuerto de Los Ángeles, durante una escala del avión que los lleva a México, le advierta secamente: “México es un lugar del que más vale mantenerse alejado”.²⁶

En esa llanura de cactus, reseca y semidesierta, donde los hombres, más que vivir, apenas sobreviven, donde la algarabía emascula al sujeto, donde el crimen, la crueldad y la indiferencia son alimentos cotidianos, los personajes de Lowry encuentran, sin embargo, un refugio, un refugio que funciona también como una trampa, como una tumba: se trata de una cantina. La cantina para Lowry es la más “solitaria de las casas”.²⁷ Ahí está El Farolito, tanto de *Bajo el volcán* como de *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, o las cantinas de sus poemas, espacios sórdidos y oscuros en donde el hombre puede hundirse hasta el fondo de sí mismo, mirar cara a cara a sus instintos más elementales, a sus sentimientos más bajos. Y saber que también eso, ese horror que sólo allí puede brotar en su plenitud, es él mismo. Quizá por eso las cantinas en la obra de Lowry son tan humanas, tan recurrentes, sin duda los espacios más significativos y reveladores del texto. Es precisamente en *Bajo el volcán* donde la cantina aparece descrita en su sórdida plenitud como una suerte de antesala del infierno: oscura, sucia, pululante de los animales e insectos más anodinos: pollos, conejos, moscardones, alacranes, y esa otra fauna en la que encarna la peor decadencia humana: policías ebrios, indios borrachos con pistolas en la cintura, tullidos, pordioseros que se dan limosna unos a otros: “Llegaron dos pordioseros que se instalaron en su puesto a la salida de la cantina, bajo el cielo tempestuoso. Uno, sin piernas, se arrastraba en la tierra cual desdichada foca... el mendigo cojo se inclinó hacia delante: dejó caer una moneda en la mano tendida del otro. Los ojos del primer mendigo estaban llenos de lágrimas”.²⁸ Es justamente ahí donde una india zapoteca le ofrece al Cónsul a su propia hija, sólo una niña, que él conduce hasta un cuartucho al fondo de la cantina: sólo hay una cama con las sábanas revueltas y sucias de sangre. Allí, Firmin, sin la menor conciencia de sus actos, ahogado en mezcal, desciende hasta lo

²⁶ Lowry, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* [n. 1], p. 33.

²⁷ Lowry, *Un trueno sobre el Popocatepetl* [n. 14], p. 71.

²⁸ Lowry, *Bajo el volcán* [n. 6], p. 368.

más bajo de sí mismo, hasta lo más humano de sí mismo: lascivo, desnuda a la niña y, con las manos húmedas y temblorosas, comienza a acariciarle el cuerpo.

La cantina, para Lowry, es también una frontera. Es el espacio en el que la razón declina y da paso al delirio, a la locura. Y es esa línea frágil e imprecisa, que el Cónsul ha rebasado más de una vez en un sentido y en otro, la que lo llena de ansiedad y de angustia: la certeza de que algún día no encontrará el camino de regreso. En el centro de su delirio desaparece toda sensación de tiempo y espacio. No sabe dónde está, cómo ha llegado ahí, si es de día o de noche, cuantos días lleva ahí, con ese mezcal en la mano, cuántos mezcales se ha tomado ya. No hay continuidad entre un acto y otro, y mucho menos memoria de esos actos: “¿por qué me hallaba sentado en el cuarto de baño? ¿Estaba dormido? ¿Muerto? ¿Desmayado? ¿Estaba en el cuarto de baño ahora mismo o hacía media hora? ¿Era de noche? ¿Dónde estaban los demás? Pero ahora oía voces de algunos de los demás en el porche. ¿Algunos de los demás?”.²⁹ Es a esa ausencia de sujeto, que habita al fondo del delirio, a lo que teme tanto el Cónsul. Aunque, paradójicamente, es esa ausencia de sujeto lo que el Cónsul busca con insistencia de una cantina a otra, de un mezcal a otro. “El alcohol y las cantinas donde el Cónsul bebe —ha señalado Douglas Day—, sólo le ofrecen olvido, desarraigo, entumecimiento de todo compromiso humano o espiritual”.³⁰ O bien, como el propio biógrafo afirma de una manera más enfática en otra parte de su libro: “las cantinas (especialmente ‘El Farolito’) no son cuevas seguras donde el Cónsul pueda esconderse y saciar su sed: son, como las barrancas, abismos abiertos al infierno”.³¹ Recordemos que tanto el Cónsul en *Bajo el volcán* como Juan Fernando Martínez en *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* mueren a las puertas de una cantina. Y, en el caso de Firmin, su cuerpo es arrojado, junto al cadáver de un perro, a una barranca, precisamente esa barranca que, a lo largo de toda la novela, ha sido el signo inconfundible, para él, de la boca del infierno.

Son éstos los escenarios mexicanos (plazas públicas, ruedos, cantinas) que principalmente recupera Lowry en su obra. Son éstos los escenarios que sobre todo recorrió primero con Jan y luego con Margerie: una tierra de desolación, lujuria y crueldad, descansando a la sombra protectora de dos colosos, de dos gigantes, que parecen

²⁹ *Ibid.*, p. 158.

³⁰ Douglas Day, *Malcolm Lowry: una biografía* [n. 5], p. 387.

³¹ *Ibid.*, p. 369.

estar ahí precisamente para que todo eso sea posible: el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, dos enormes volcanes que, como dioses antiguos, contemplan y justifican, desde su absoluta indiferencia, ese pequeño infierno que se escenifica a sus pies. Y los zopilotes, sus heraldos, los heraldos negros de la muerte, sobrevolando el valle bajo un cielo tormentoso y esperando el instante de intervenir allí, en ese horror circundante del que se alimentan.

Las incesantes referencias a los volcanes, a un cielo cargado de nubes, truenos y relámpagos, y a esas aves negras de mal agüero le imprimen a la novela una dimensión metafísica que resignifica todo lo que sucede a sus pies. Como si ese mundo yermo, devastado, recorrido por la miseria y la corrupción, en el que el hombre vive en el desamparo y la desesperanza más absolutas no fuera sino el territorio que esos dioses terribles han creado para un pueblo sin ley y sin destino, o cuyo único destino son los graznidos de los hambrientos picos de los zopilotes.

Y es precisamente ese escenario el que han elegido Yvonne y el Cónsul para vivir en plenitud el amor que los devora. Ella ha vuelto, después de un largo año de separación, para no irse más, para permanecer a su lado. Está dispuesta a aceptar lo que sea, incluso el corrosivo alcoholismo de Geoffrey, justamente ese mismo alcoholismo que, un año antes, la hizo huir de su lado para salvar lo poco que quedaba de ella. Se lo dice a Hugh, la misma mañana de su llegada, mientras Firmin duerme a pierna suelta los efectos de la borrachera de la noche anterior. Han salido a dar un paseo a caballo y de pronto se detienen un momento en una cervecería para refrescarse un poco. Allí, una niña le ofrece a Yvonne un armadillo. Son sólo cincuenta centavos e Yvonne quiere comprarlo. Hugh le advierte sobre el carácter empecinado y salvaje de los armadillos: “si sueltas esa cosa en tu jardín, simplemente abrirá un túnel en la tierra y nunca volverá. . . No sólo nunca regresará, Yvonne, sino que si tratas de detenerlo, luchará por arrastrarte a ti también al agujero”.³² Hugh habla sin duda del armadillo, pero los dos saben secretamente que esas palabras apuntan también en otro sentido. Enseguida, después de mirarse un instante en silencio, Hugh le pregunta si está divorciada de Firmin, como si al referirse al armadillo no hubiera hecho otra cosa en realidad que seguir hablando de su hermano. En ese momento, y olvidada ya del armadillo, ella le pregunta sin rodeos:

³² Lowry, *Bajo el volcán* [n. 6], p. 128.

- ¿Qué piensas de Geoffrey?...
—¿Te refieres a su manera de beber?
—¿Crees que yo pueda hacer algo?³³

Y a lo largo del resto de la conversación, Hugh no hará otra cosa que tratar de disuadirla. Ella está decidida a no perder la esperanza, quiere vivir con Geoffrey sea como sea. Le dice a Hugh: “No por fuerza tendría que vivir sobrio. No soy un monstruo”.³⁴ Hugh toma el camino de la ironía y se burla, pues definitivamente duda que pueda haber algo en el mundo que separe a su hermano de la bebida, que le haga entender que hay algo más en el mundo además del alcohol. Sólo las lágrimas de Yvonne logran detener la burla.

Por lo visto Hugh conoce a su hermano mejor que Yvonne. O bien, conoce la lógica del alcohol mejor que Yvonne. Sabe que, en el caso de un alcohólico, la idea de una copa sola es una falacia, que una copa lleva a otra y ésta a otra más, que se trata más bien de una escalada que no tiene fin, o el fin es precisamente el fondo de la botella, ese estado alucinatorio, cargado de satisfacciones imaginarias, que termina sustituyendo a la insatisfacción de la realidad. Ante el regreso de Yvonne, los amigos del Cónsul, Laruelle y el doctor Vigil, tratan de advertirle que, si esta vez quiere conservarla a ella a su lado, debe dejar de beber o, por lo menos, disminuir la cantidad de alcohol que consume diariamente. El doctor Vigil, al final de una larga conversación al calor de unos tequilas, intenta darle un consejo: “¡Hombre! Un poco de cerveza, un poco de vino, pero ya basta de tequila, ya basta de mezcal... ¡hombre! Ahora que ha vuelto su ‘esposa’”.³⁵ A Firmin le molesta este comentario y, en lugar de escuchar el consejo, decide que no se puede beber en compañía, que el alcohol no admite más compañía que la suya, que los demás estorban: “En último análisis —pensó el Cónsul—, no podía uno confiar en nadie cuando se trataba de beber hasta el fondo de la botella”.³⁶

Viene de un frustrado intento de acceder al cuerpo de Yvonne. Esa mañana al regresar los dos de la cantina donde se han vuelto a encontrar después de un año de ausencia, Yvonne se tumba en la cama a hojear una revista. Geoffrey se acuesta a su lado y la acaricia. Intenta, inútilmente, hacer el amor sobre el cuerpo quieto y expectante de ella. Al darse cuenta que no puede, que su cuerpo no responde ante el calor

³³ *Ibid.*, p. 131.

³⁴ *Ibid.*, p. 133.

³⁵ *Ibid.*, p. 165.

³⁶ *Ibid.*, p. 160.

creciente del cuerpo de Yvonne, que el mezcal consumido en grandes cantidades la noche anterior hace inútil todo intento, se levanta de la cama y se precipita hacia la botella de *whisky* sobre la mesa y bebe ansiosamente de ella.

Quizá sea un gran acierto —piensa el Cónsul— haber bebido un poco de *whisky*, puesto que también el alcohol es afrodisiaco. Tampoco debemos olvidar que el alcohol es un alimento. ¿Cómo puede alguien esperar que un hombre cumpla con sus deberes maritales si no se alimenta? ¿Maritales?... La sombra de inmenso hastío lo invadió.³⁷

A medio día, de camino a la estación donde deben tomar el autobús que los lleve a la feria de Tomalín, se encuentran con Jacques Laruelle que los invita a su casa. Nada más entrar Geoffrey pregunta por los tragos. A lo que Laruelle responde con otra hiriente pregunta: “¿No piensas nunca en otra cosa?”³⁸ En realidad, él no piensa nunca en otra cosa, no puede pensar en otra cosa. Tiene ocupada la conciencia por la necesidad del alcohol. Sólo puede pensar en el alcohol y sólo gracias al alcohol puede pensar. De lo contrario, las alucinaciones se instalarían en su conciencia y terminarían devorándola. Ni siquiera la necesidad que siente de Yvonne puede apartar un instante su pensamiento del alcohol. Trata de acercarse a ella,

deseoso de contarle todo, de decirle algo tierno al respecto, de volverla hacia él, de besarla. Luego se percató de que, sin otra copa, la vergüenza por lo ocurrido esa mañana le impediría mirarla a la cara [...] ¿No te queda nada de ternura ni de amor por mí? —preguntó Yvonne de repente, casi con voz lastimosa, volviéndose hacia él, y pensó el Cónsul: Sí, te amo, me queda todo el amor del mundo por tí, sólo que ese amor parece tan alejado de mí, y también tan extraño, porque es como si casi pudiera oírlo, como un zumbido o un llanto, pero distante, y como un triste murmullo perdido que puede ser que se acerque o se aleje, no sabría decirlo.³⁹

Lo piensa, pero no lo dice. Hay demasiado ruido en su conciencia, ese zumbido, ese llanto, ese murmullo perdido, que en lugar de acercarlo lo separa de Yvonne.

De lo único que nada ni nadie puede separarlo es del alcohol. Al fin llega Laruelle con los tragos y Firmin se siente exultante. Demorará un poco la primera copa, pero sólo lo necesario para incrementar el de-

³⁷ *Ibid.*, pp. 105-106.

³⁸ *Ibid.*, p. 216.

³⁹ *Ibid.*, pp. 217-218.

seo. Se conversa de todo: los bailes indígenas en Tomalín, los cuadros de Diego Rivera que cuelgan de las paredes de la casa de Laruelle... pero el Cónsul no escucha, no participa de la conversación, Yvonne incluso ha dejado de importarle. No hace más que pensar en la copa que tiene frente a él y en el momento que le dará el primer trago. En realidad, nunca ha estado tan ligado a un vaso de licor como ahora que ha decidido no beber o, al menos, demorar el momento de beber. En el lapso de esa demora los lazos entre él y la copa que tiene enfrente se estrechan cada vez más hasta volverse indisolubles.

Así, cuando Yvonne y Hugh hablan de que ha llegado la hora de irse, Firmin decide que él no va a ninguna parte, que se vayan ellos, que él tiene mucho que hablar con Jacques. Adónde va a ir si lo único que desea con fuerza ahora está a todo su alrededor: “Yvonne había dejado una copa en el merlón, cerca de los ángeles, la del pobre Jacques estaba en una de las almenas, y la de Hugh a un lado del parapeto. Y la coctelera no estaba vacía”.⁴⁰ Todo un paraíso de alcohol a su alrededor.

Cuando Laruelle vuelve, después de despedir a los amigos en la puerta, se enfrenta a Geoffrey y lo reprende, como antes lo había hecho el doctor Vigil: “¿Te has vuelto loco?... ¿Quieres darme a entender que tu esposa ha vuelto a tu lado (y te he visto orar y aullar bajo la mesa por ello, ¡de veras, bajo la mesa!)... y que la tratas con tal indiferencia y sólo sigues preocupándote por saber de dónde vendrá la próxima copa?”.⁴¹ El Cónsul espera todavía unos minutos, mientras su cuerpo, cargado de ansiedad, comienza a temblar y a sudar profusamente. En cuanto Laruelle se dirige al baño a darse una ducha, entonces ya ni siquiera lo piensa: sale al balcón y se bebe una tras otra todas las copas que lo rodean. También el contenido de la coctelera hasta la última gota.

No dejará de beber en todo el día y en toda la noche. No hay de hecho una sola imagen del Cónsul en la novela en la que no aparezca con un vaso de licor en la mano. Ahora están los tres sentados en la mesa de un restaurante. Geoffrey toma las manos de Yvonne en las suyas por encima de la mesa y recuerda su viaje a Granada con ella, las llanuras de Andalucía, la Alambra, los Jardines del Generalife, la Tumba Morisca en la cumbre de una colina, su matrimonio con ella... De pronto, se pone de pie y se dirige al baño, un retrete de piedra, sin espejo, sin papel (Cervantes, el dueño del restaurante, le ha ofrecido

⁴⁰ *Ibid.*, p. 226.

⁴¹ *Ibid.*, p. 227.

una piedra para que se limpie). No volverá a la mesa sino hasta un buen rato después. Allí, junto al inodoro, ha encontrado media botella de mezcal y la imagen de Yvonne se desvanece como por arte de magia. Ahora el mezcal es lo único que importa. Es una imagen grotesca, sin duda, la imagen de una caída sin fondo de la que parece no haber regreso. Y, en realidad, ya no hay regreso.

Cuando Firmin vuelve a la mesa es tan sólo para espetarles a la cara los celos que siente por la relación de Hugh e Yvonne y concluye su larga perorata con una sentencia que los deja estupefactos: “Me encanta el infierno. Se me hace tarde para regresar a él. De hecho, voy corriendo, ya casi estoy de vuelta en él”.⁴² Sale del restaurante para encerrarse en una cantina. Y ése será su último viaje, un viaje definitivo, un viaje sin retorno.

Su reencuentro con Yvonne, un reencuentro que él ha anhelado día tras día durante ese largo año de ausencia, no duraría ni siquiera veinticuatro horas. O, para ser más preciso, no existió nunca. Quienes han estado juntos durante todo ese día han sido Hugh e Yvonne. El Cónsul, por el contrario, no ha hecho más que evitarla, dejarla en compañía de su hermano, huir de ella, como si lo que verdaderamente quisiera de ella fuera su ausencia, el dolor de su ausencia, que de alguna manera justifica su inaplazable necesidad de beber. La presencia de Yvonne junto a él, lo que tanto deseó el año que pasó sin ella, ahora que la tiene a su lado, parece ser más bien un estorbo del que Hugh puede hacerse plenamente cargo, mientras él se entrega con toda su fidelidad al mezcal.

Ahora está solo en el interior de una cantina, bebe un mezcal tras otro, mientras lee las cartas que Yvonne le escribió durante ese año de ausencia. En una de ellas Yvonne le dice:

Estás caminando al borde de un abismo y no puedo seguirte. Me despierto y me hallo en una oscuridad en la que sin cesar debo seguir mis propios pasos, odiando al yo que eternamente me sigue y se me enfrenta. ¡Si pudiésemos resurgir de nuestra miseria, volvernó a buscar el uno al otro y encontrar de nuevo el solaz de nuestros labios y de nuestros ojos! ¿Quién ha de interponerse? ¿Quién puede impedirlo?⁴³

Ahí está, sin embargo, esa inevitable copa de mezcal entre los dos, distanciándolos.

Serán su última copa y su última cantina. Allí, en El Farolito, encontrará la muerte. Todavía, en medio de la trifulca que se empieza a armar

⁴² *Ibid.*, p. 341.

⁴³ *Ibid.*, p. 373.

a su alrededor, un viejo tocando un violín y luego una vieja con un esqueleto de juguete en la mano se acercan al Cónsul y, en voz baja, le advierten: “Este es un lugar peligroso para usted. Estos hombres son malos. Éstos no son de la policía. Son diablos. Asesinos. Lo llevo a mi casa. Lo espero allá afuera. Vámonos”.⁴⁴ Pero ni siquiera la proximidad de la muerte lo hace separarse de su cantina. El Cónsul escucha en silencio la advertencia de los viejos y pide otra copa de mezcal.

Malcolm Lowry no moriría a las puertas de una cantina; tampoco bebiendo mezcal. Aunque su muerte, como la de los personajes de sus novelas, está teñida también por la mácula de la tragedia. Después de un prolongado viaje por Italia, y de constantes estancias de semanas o meses en clínicas y hospitales psiquiátricos en Inglaterra (en los que incluso fue sometido a varias sesiones de electrochoques), Margerie encontró una cabaña en el pueblito de Ripe, East Sussex, en donde Lowry podría recuperarse y volver a escribir. Y así fue durante los primeros meses. Ella se encargaba de la casa y él escribía desde las nueve o diez de la noche hasta las dos de la madrugada, páginas que Margerie transcribía a la mañana siguiente. Por las tardes, caminaban los dos hasta el pueblo y se metía a tomar un trago en The Yew Tree, la taberna que les quedaba más cerca de la casa y de la que se habían vuelto *habitués*. Se trataba de una o dos copas solamente y todo parecía ir de maravilla entre ellos. Una de esas tardes, sin embargo, sentados a la mesa de la taberna, Margerie recordó la casa que habían perdido en un incendio en Canadá y se puso un poco triste. Lowry, con la intención de consolarla, decidió comprar una botella de ginebra. De regreso a la casa, Margerie preparó una cena fría. Había decidido escuchar *La consagración de la primavera* de Stravinsky, que se transmitiría por radio esa noche. Al subir a la habitación con la cena servida, se encontró a Malcolm acurrucado en un rincón del cuarto abrazado a la botella de ginebra. En el breve lapso que duró la preparación de la cena, él ya se había tomado más de la mitad de la botella y estaba perdidamente borracho. Ella intentó quitarle la botella, forcejearon, él la golpeó en la cara, ella estrelló la botella contra la pared del cuarto y logró escapar hacia la casa de la vecina, que era también la casera. Allí pasó la noche esperando que a la mañana siguiente, una vez que Malcolm hubiera dormido a pierna suelta su borrachera, estuviera más calmado y pudieran hablar. A la mañana siguiente, al entrar a la casa y subir a la habitación, Margerie encontró a Lowry muerto, tirado en el piso, con la cena regada por todo el cuarto.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 395.

Había ingerido una fuerte dosis de amital sódico, para intentar dormir: dos frascos, entre veinticinco y cincuenta pastillas (sólo diez hubieran bastado para matarlo). Por lo visto, Malcolm Lowry buscaba un sueño distinto.⁴⁵

Las versiones que se dieron de su muerte fueron confusas y contradictorias (la propia Margerie dio varias versiones distintas). Exceso de alcohol y de barbitúricos, paro cardíaco, también la versión del suicidio rondó como un fantasma molesto. La versión oficial, el veredicto del doctor Sommerville, fue la que imperó: “muerte accidental”, lo que permitió que Lowry tuviera un entierro religioso. Pero nadie, por muy borracho que esté, se mete entre veinticinco y cincuenta pastillas, sólo para intentar dormir. Lowry, por lo visto, buscaba un sueño distinto, un sueño que le permitiera, al fin, escapar de una buena vez del infierno que había sido toda su vida. Y esta vez tendría éxito.

⁴⁵ Cf. Day, *Malcolm Lowry: una biografía* [n. 5], pp. 57-60.

RESUMEN

A través del análisis de la obra poética y narrativa de Malcolm Lowry, se intenta explorar su viaje a México y la difícil y conflictiva estancia en este país. En realidad, se trata de un viaje doble: no sólo el que ocurre en la exterioridad; su llegada a la Ciudad de México y su estancia en Cuernavaca y Oaxaca principalmente, sino el que simultáneamente se desarrolla en su interioridad: ese viaje al infierno del alcohol y la consecuente pérdida del amor a lo largo de su vida. Viene huyendo del infierno de un manicomio en Nueva York, tan sólo para encontrar el infierno de una cantina en México. A través de las imágenes de sus poemas y novelas, nos muestra una realidad en la que la crueldad y la barbarie, la miseria y la desesperanza de la vida mexicana de los años treinta se dan la mano con los angustiantes fantasmas de sus alucinaciones etílicas. Todo ello a los pies de un volcán que proyecta su sombra de antigua deidad en las profundidades de una barranca, esa boca hambrienta del infierno que terminará devorando a Geoffrey Firmin en *Bajo el volcán*.

Palabras clave: Malcolm Lowry obra literaria, Malcolm Lowry temas narrativos.

ABSTRACT

In this essay, I try to explore, through the analysis of his poetic and narrative work, Malcolm Lowry's trip to Mexico and his difficult and troubled stay in our country. Actually, it's about a double trip: not only the one that occurs externally: his arrival to the Mexico City and his stay in Cuernavaca and Oaxaca mainly, but the one that simultaneously is developed inside himself: that trip to the hell of alcohol and the consequent loss of love that his whole life was about. He comes escaping the hell of a madhouse in New York, just to find the hell of a canteen in Mexico. Through the images of his poems and novels, he shows us a reality in which the cruelty and barbarism, the misery and desperation of the Mexican life of the 30s hold hands with the distressed phantoms of his alcoholic hallucinations. All that on the feet of a volcano which projects his shadow of old deity in the depths of a cliff, that hungry mouth of hell which will end up eating Geoffrey Firmin in *Under the volcano*.

Key words: Malcolm Lowry literary work, Malcom Lowry's narrative theme.